

Cuentos + REDIM

QUERREQUETE ESTUDIO

UNA HISTORIA SOBRE NIÑEZ JORNALERA AGRÍCOLA



REDIM

Red por los Derechos
de la Infancia en México



**Australian
Aid**

Cuentos + REDIM

QUERREQUETE ESTUDIO

UNA HISTORIA SOBRE NIÑEZ JORNALERA AGRÍCOLA

REDIM

Red por los Derechos
de la Infancia en México

Cuentos REDIM
Querrequete Estudio

Una historia sobre niñez jornalera agrícola

Dirección Ejecutiva:

Tania Ramírez Hernández

Coordinación Ejecutiva:

Valeria Geremia

Autoría:

Nuria Gómez Benet

Investigación y asesoría editorial:

Estefanía Isabel Landa Jaurez

Ilustraciones:

Leslie Rivas Carrera (Architeuthis)

Agradecimientos:

Rebeca Aguayo Sánchez

Alejandra Ancheita Pegaza

Impresión:

La Liga Comunicación

Red por los Derechos de la Infancia en México Av. México Coyoacán Núm. 350, Col.

General Anaya, C.P. 03340, Ciudad de México

www.derechosinfancia.org.mx

Twitter: @derechoinfancia

Facebook: [derechosinfancia.org.mx](https://www.facebook.com/derechosinfancia.org.mx)

Instagram: [redim_mx](https://www.instagram.com/redim_mx)

Primera edición 2023 © Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra siempre y cuando sea para fines no lucrativos y se cite a la fuente. Impreso y hecho en México.

This publication has been funded by the Australian Government through the Department of Foreign Affairs and Trade. The views expressed in this publication are the author's alone and are not necessarily the views of the Australian Government.

INTRODUCCIÓN

Niñas, niños y adolescentes representan la tercera parte de la población en México. De acuerdo con el Censo 2020, 38.3 millones de las personas en nuestro país tienen entre 0 y 17 años. Pese a esta evidencia, sabemos que no es la tercera parte del presupuesto, ni de la acción pública, ni de la atención de la sociedad la que se dedica a niñez y adolescencia. Ellas, ellos, elles viven a menudo la invisibilidad y discriminación de una sociedad adultocéntrica que piensa y organiza el mundo sin considerarles ni escuchar sus voces e historias.

Todos estos niños y niñas representan un universo en sí mismo. Diversa, como es, la humanidad también lo es en esta etapa de la vida: niñez y adolescencia indígena, jornalera agrícola, con discapacidad, afromexicana, buscadora, neurodiversa, trabajadora, rural y urbana, sexualmente diversa, etc. componen un país lleno de desafíos para crecer y desarrollarse, pero también con una enorme capacidad.

Debemos aprender a observar, dimensionar y atender a las niñeces y adolescencias con un enfoque de derechos y respetándoles en toda su diversidad; reconociendo que la igualdad –ese principio básico de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Convención de los Derechos de la Niñez y nuestra propia Constitución– podrá alcanzarse siempre que esto se considere para garantizar su vida, supervivencia, desarrollo y participación.

Con esta serie de cuentos, REDIM y la Embajada de Australia hemos querido acercarnos a la realidad que viven niñas, niños y adolescentes a quienes no siempre miramos. Niñez y adolescencia desaparecida y buscadora; con discapacidad sicosocial; e indígena jornalera agrícola componen esta serie de cuentos que esperamos sean muy disfrutados y usados por la chaviza y los colectivos y organizaciones que les acompañan.

1.- ANTES QUE LOS GALLOS

El sol sigue muy acurrucado en su cobija obscura. Así quisiera estar Josefina.

Todavía es de noche y avanza medio dormida hacia los campos de cultivo. Uno, dos, tres, cuatro... muchos otros pasos la acompañan por el camino de tierra. Juntos van su mamá, su papá, el tío Jacinto, Mariana, Tomás...

Cumpliendo los diez o doce años, ya pueden hacer el largo viaje desde Cuapacho, su pueblo, hasta Zapotlán, para trabajar en los sembradíos de fresa, de frambuesa, de zarzamora. Mientras más personas de una familia van, más dinero ganan; para comer, para comprar zapatos, para ir hasta la clínica por medicina si se enferman, para reparar el techo de la casa... o lo que más se necesite. Las familias que son chicas la pasan muy mal. El dinero no les alcanza más que para frijoles y nunca tienen para ropa, zapatos, o animalitos que criar.

En donde vive Josefina, el trabajo es importante además, porque se aprende de los mayores y se apoya a la comunidad. Su mamá le ha enseñado a Josefina a bordar y a echar tortillas; su papá y su abuela a sembrar. Ahora le muestran cómo debe cortar las pequeñas frutas para no maltratarlas, cómo hay que acomodarlas para que no se apachurren, cómo se protegen en los huacales... Hay que aprender a hacer las cosas bien para ayudar, como todos. Es bonito trabajar parejo y sentirse parte de pueblo. Cada quien según su tamaño. Así le enseñó el abuelo a su mamá y así le enseñó a él, la bisabuela, Nati. Mientras va camino a los campos, la voz de Josefina también sigue dormida. Va la niña calladita, como los gallos que aún no han soltado el canto.



Cuando haya asomado el sol, cuando por fin salgan las notas rojas de los picos de las aves, tal vez ella también empiece a cantar. Tarareando bajito canciones tradicionales en náhuatl, mientras sus dedos cortan con cuidado las frambuesas, le irá despertando el canto, hasta albear más claro y fuerte con las horas: sones y huapangos de su tierra. En su lengua y en castellano, irá sacando su sentimiento mientras trabaja.

iAy la, la, la! iAy la, la, la! Yo a mi corazón le digo que se consuele y no llore, mi vida...

2.- MÚSICA Y QUEHACER

Antes, cuando su mamá, su papá y sus dos hermanos mayores se iban a trabajar a los campos, Josefina se quedaba en el pueblo. No le gustaba que se fueran tantos días. Cuidaba a Maricela, Juan, Humberto y Berenice, que estaban chicos. Extrañaba mucho a su mamá, a su papá. Le hubiera gustado que se quedara con ella alguno de sus hermanos grandes siquiera, pero le dijeron que no, que ella era la mujercita y le tocaba quedarse a cuidar; que los hombres trabajan, no cuidan niños. Josefina nunca entendió esa razón. ¿Por qué ella, su mamá y sus tíos sí podían hacer de todo?

Le daba miedo que se le enfermara alguien, o que les mordiera una víbora, o que se lastimaran, o se los llevara el río. ¿Qué haría ella? Lo mejor que podía: todos los días se levantaba a oscuras, lavaba la ropa, alimentaba a las gallinas, echaba tortillas antes de despertar a los pequeños, les daba el desayuno; escombraba el cuarto, los lavaba, los peinaba y los llevaba con ella a la escuela. Había que salir con tiempo, porque Bere, la más chiquita, caminaba muy despacio y Josefina no podía cargarla todo el camino.

Cuando Maricela, Juan, o el Betito se ponían tristes, Josefina bailaba con ellos las cumbias que ponían en la radio de Tamazunchale. Daban vueltas con la música, saltaban agarrados de las manos... Así, hasta que les volvía la risa al cuerpo. Descubrió además, que así se cansaban y más pronto se dormían, para que ella pudiera terminar su quehacer y cumplir con su tarea de la escuela.

iAy la, la, la! iAy la, la, la! Dependo de mi trabajo, yo no puedo estar tranquilo mirando como la vida se me va por el camino.





3.- SONES, VIOLÍN Y TRÍO

Ya desde entonces Josefina iba para todos lados con su violín a la espalda. Era chiquito y olía rico, a madera. Se lo hizo su padrino como regalo cuando ella cumplió ocho años. Fue creciendo la niña y se hizo más alta; el violín parecía que se iba encogiendo, colgado de un cuerpo cada vez más grande y más fuerte.

Ahora ya le queda chico el violincito. En Zapotlán muchos creen que es de juguete. Pero no. Es un violín de verdad, hecho a la medida de una Josefina de ocho años. Ella no lo deja nunca. Con él a la espalda va a trabajar a los campos, con él echa tortillas, lava ropa, carga cubetas de agua... Sólo se lo quita para tocarlo y para dormir, pero hasta cuando duerme, se lo pone cerquita, donde lo pueda sentir. Sobre todo ahora que extraña su casa.

Y es que desde que Maricela, la hermana de Josefina, cumplió los diez, ya le tocó a ella quedarse a cuidar a sus hermanitos. Jose tuvo que ir con los mayores a trabajar a Zapotlán.

Ella no quería; acababa de empezar la secundaria y le gustaba muchísimo. ¡En la clase de música habían formado un trío huasteco!: Josefina en el violín y cantando ese falsete que le sale tan bonito; Josué en la jarana y Vero en la guitarra quinta huapanguera. Cada vez lo hacían mejor. Ya interpretaban El Flamboyán, El Querreque, La Huasanga, El Irrorar, La víbora... Además, el maestro le enseñaba a Jose a improvisar versos, y a Josué, a componer cumbias para tocarlas en su jarana. Hacía unas cumbias muy bonitas, con la letra en náhuatl.

Vero, Josefina y Josué querían ser como "Las Palomitas", ese trío de muchachas que empezó cantando ahí, en la ciudad de San Luis y, luego de ganar concursos estatales, hasta van a tocar a otros países.

El maestro le dijo a Jose que después podía tomar clases de puro violín, cuando terminara la secundaria. Ése era el sueño de Josefina. Y seguir con el trío. Pero cuando se fue a trabajar a los campos tuvo que dejar la escuela, porque se iba varios meses y así no podía seguir el curso. Tuvo que dejar las clases de música y el sueño del trío, tuvo que dejar a Vero y a Josué. Lo único que sí pudo llevar fue su violín. Sus sones y su violín.

iAy la, la, la! iAy la, la, la! Huapango, violín huapango, cuatro cuerdas trovadoras, como cuatro aves canoras que le cantan al amor.





4.- DORMIR SIN SUEÑOS

El viaje fue de varios días. Llegaron una tarde y se acomodaron en unos cuartos grandes, donde duermen con muchas otras personas en el suelo. No hay baño, ni agua. Enseguida aprendió Josefina a bajar al pozo para sacar varias cubetas temprano y lavar la ropa en los lavaderos. Echar tortillas ya sabía desde muy chica. Ahora también las hacía cada mañana con su mamá en un comal grandote, para comer algo antes de ir a los campos. Josefina empieza su día todavía más temprano que en Cuapacho. El sol sigue dormido en la oscuridad, cuando ella ya va caminando hacia los sembradíos. Comienza a trabajar al amanecer.

Sólo se concentra en desprender de las matas con cuidado esas frutitas que le pintan los dedos. Una y otra y otra y otra más... Si está de buenas, canta fuerte los sones. Si no, sólo tararea quedito, en náhuatl, las canciones de su abuela. Se acuerda de Josué, de Vero, de su maestro de música. ¡Qué solita se siente! Si hubiera alguien ahí en los campos que la entendiera...

Así se le pasan, hora tras hora, caja tras caja, hasta que llega la tarde y termina la jornada en los campos. Hay que andar el camino de regreso. Ya en los cuartos grandes, mientras su papá y sus hermanos descansan, ella y su mamá lavan la ropa, para que alcance a secarla el sol antes de meterse tras la colina.

Cuando llega la noche, Josefina y su mamá se acuestan; más tardan en poner el cuerpo sobre la colchoneta, que en quedarse dormidas. Hay que aprovechar las horas que quedan hasta que tengan que levantarse de nuevo.

Pero antes de cerrar los ojos, Josefina ve a sus hermanos, que ya llevan rato dormidos. No es justo —piensa— que nosotras no podamos descansar igual. Tan rendida está la muchacha que hasta se olvida de soñar.

¡Ay la, la, la! ¡Ay la, la, la! Ya me cansé de soñar, el sueño me hace sufrir, quisiera que al despertar mi sueño fuera verdad, para dejar de penar.

5.- COMO LAS BAYAS

Cuando está despierta, Josefina piensa mucho en cómo hacerle para no dejar de estudiar. Una tarde anduvo preguntando por una escuela cerca de los campos. Quería ver si podía ir a clases, aunque fuera después de trabajar; pero no... no hay escuelas ahí cerca. Ni primaria ni secundaria. Parece que nadie ha pensado en que quienes van a trabajar deben tener dónde seguir estudiando.

Además, quién sabe si le darían permiso. Su mamá dice que sí, pero tendría que ser por las mañanas, para que en la tarde le pueda ayudar a lavar la ropa, a cocinar y hacer la limpieza. Pero su papá no quiere que sea temprano, porque tendría que dejar de trabajar varias horas y la familia ganaría menos dinero para lo que necesitan. Mientras más horas se trabaja, eso es cierto, alcanza para vivir mejor. Lo malo es que no da tiempo ni de estudiar, ni de descansar un poco.

—Pues sí, son importantes las horas, papá —, le dice Josefina— pero yo de todos modos quiero estudiar. A lo mejor así luego, de grande, consigo un mejor trabajo.

—No, m'hija. No es importante que estudies, porque eres mujer. Luego vas a ser mamá y no vas a trabajar en otra cosa, te vas a quedar en tu casa a cuidar a tu familia.

— ¿Sabes qué, papá? Vero, mi amiga me dijo un día, allá en Cuapacho que estudiar es mi derecho. —i¿Qué derecho ni qué nada?! —su papá hasta se ríó.

—Vero dice que es algo que me toca tener, sí o sí, solamente por ser persona.

—¡Ja! —la carcajada de nuevo—. Esa chamaca ni sabe lo que dice. Deja ya eso y vete a ayudar a tu mamá que está sola con el quehacer. Ni modo de contestarle lo que se le ocurrió: —Pues vente tú también y entre todos lo hacemos más pronto —. Pero mejor se calló. No fuera a ser que su papá se enojara más.

Josefina se fue pensando que, por alguna razón, a ella no le tocaba tener otros derechos más que el de irse derecho a trabajar, derecho a lavar la ropa, o derechito a jalar agua del pozo...

Ella quiere creer que sí puede tener una vida diferente, soñarla y prepararla desde ahora; pero todo alrededor le dice que no, que eso no es para ella. Todo la hace pensar que no puede hacer otra cosa. Ella no se convence de que cantar, tocar el violín, o seguir estudiando sean puras tonterías.

Cada día se va al campo, con su violín pegado a la espalda por todo abrazo. Mira cada frambuesa entre sus dedos y le dan tristeza, se fija bien de no aplastarlas: pobrecitas, arrancadas de su mata, de su vida verde, para que las metan en una cajita y las vendan por dinero. Piensa que así, tan chiquitas y frágiles, sin otro futuro, se parecen a ella.

A veces, cuando encuentra un rato, toca su violín quedito para consolarse. Piensa en su escuela, en que no le gusta estar en Zapotlán, en ese permiso que no le quiere dar su papá.

¡Ay la la la la la! Vida mía dime hasta cuándo me haces andar por aquí; quítame de andar penando, de una vez dime que sí.



6.- ALBERTINA

Una tarde llegó a los campos una muchacha nueva, con su mamá. Llegó como Josefina, cansada de días de camino. Como Josefina, llegó cargando sus cosas y se dejó caer en el piso del cuarto. Igualito que ella semanas atrás. Desde que la vio, Jose pensó que en algo se parecían. Le llevó un vaso con agua y se acomodó junto a ella en el suelo:

—¿Cómo te llamas?

—Albertina —la voz le salió con una sonrisa—.

—Tú?

—Josefina.

Escuchó cómo sus nombres se parecían, Albertina... Josefina... como en un verso de huapango. Con los días se dio cuenta de que tenían muchas más cosas en común.

Albertina quería ser doctora para curar en su pueblo, en Michoacán, pero también tuvo que dejar la escuela.

Su mamá siempre le dice que no se queje, que así es la vida de las mujeres, que a todas les toca eso, o algo mucho peor, y que no hay nada que hacer. Pero Albertina también cree que no a fuerzas tiene que ser así.

En lo que más se parecen es en que las dos están empeñadas en estudiar.

Una noche que estaban afuera de los cuartos platicando, Albertina tuvo una idea.

—Oye, Jose, ¿qué tal si en la escuela del pueblo hay alguien que nos pueda dar clases?

—¿Tú crees?

—Por lo menos una vez a la semana. Los sábados aunque sea.

—Pues para saber..

Sonaron sólo los grillos por unos minutos. De pronto Albertina interrumpió las chicharras.

—¿Y si vamos?

Josefina abrió unos ojotes. Jamás se le hubiera ocurrido.

—Vamos —insistió Albertina—. ¿Qué perdemos con averiguar?

A la siguiente mañana, todo lo hicieron lentamente, como amodorradas. El grupo se desesperó y se fue, con la idea de que las niñas se apurarían. Ellas se fueron detrás, cada vez más lejos del grupo. Cuando nadie se dio cuenta, se desviaron corriendo hasta la carretera. Entre risitas inquietas, emocionadas, tomaron el colectivo hasta el centro del pueblo.

Todavía no se les quitaban los nervios cuando ya estaban en la secundaria. Las pasaron a platicar con la directora, la maestra Güichita. Era una señora muy amable que las oyó con atención. Albertina se dio cuenta de que la directora abrió un poquito más los ojos y alzó las cejas, cuando vio el violín de Josefina, colgando de su espalda. Mientras platicaban, parecía entender lo que ellas querían.

—No me lo van a creer, pero hace años que ando queriendo hacer algo así.

Albertina le apretó la mano a Jose. De la emoción.

—Lo que pasa es que no es tan fácil. Ahí en donde ustedes trabajan no hay ni un salón de clases. Una vez hablé con el señor Jovellanos, el dueño de los campos y la empacadora, para ver si me ayudaba. Pero no tuvo dinero para hacer las aulas, ni para pagar maestros.

Las amigas bajaron la mirada al suelo. Otra vez los sueños al piso. La maestra Güicha siguió, menos sonriente:

—Además, el Señor Paco cree que eso no le toca a él, sino al gobierno. Cuando van los inspectores a supervisar sus campos, nunca le han dicho que él deba poner una escuela, ni nada parecido. Yo no sé tampoco si eso le toque...

Albertina levantó la mirada:

—Pero si en sus campos somos bastantes que tendríamos que ir a la escuela. ¿No, Jose? Tú conoces mejor al grupo. ¿Quiénes deberían estar en la primaria? ¿Y en la secundaria?

Josefina contó con los dedos:

—De primaria están Tomás, Karen, el Fede, Alex y unas cuatitas que no sé su nombre. De secundaria, tú y yo, Yeny, Nico, Roger, Felipa... y Chucho. Hay más, pero no sé si irán a primaria o a secundaria. No hemos platicado.

La directora se quedó viendo hacia las nubes. Parecía que ya no les estaba haciendo caso, cuando de repente se levantó de su silla casi de un brinco:

—¡Vengan conmigo, muchachas! Vamos a buscar a Julio. —¿Julio?

—Julio Jovellanos, el hijo del señor Paco. A lo mejor él quiere ayudarnos.

Al avanzar por los pasillos, se empezó a escuchar una música. Las niñas se miraron una a la otra. Parecía un son huasteco.

La maestra Güicha abrió la puerta del salón donde un grupo tomaba su clase de música:

—Maestra, ¿me permite que salga Julio Jovellanos unos minutos, por favor? Y que sale un muchacho así, bajito, con una jarana. *iAy la la la la la la! iAy la la!* Para todo buen huasteco el huapango es un brebaje, con la quinta y la jarana, y este violín que me traje...

7.- JARANA Y VIOLÍN

Claro que sí: Albertina, Julio y Josefina se hicieron amigos. Casi fue suficiente que Julio viera el violín de Jose en su espalda. Enseguida supo que no era de juguete:

—¡Qué curioso violincito huapanguero! Y está bien hecho...

La maestra Güicha sabía cómo la música hermanaba a la gente. Lo primero que le dijo a Julio fue que por favor tocara un pedacito de La Huasanga en su jarana. Y le cerró el ojo a las muchachas. Luego miró a Josefina:

—¿Tú tocas algo así con tu violín? —y acabó convenciéndola. Josefina se arrancó con el Querreque, pero como le daba un poco de vergüenza, no cantó. Con todo y todo, la maestra Güicha y Julio se quedaron con la boca abierta.

—¿Dónde aprendiste a tocar así? —le preguntó Julio.

—En la escuela donde iba, allá en Cuapacho, mi pueblo.

—¿“Dónde ibas”? ¿Qué ya no vas?

—No, porque ahora se necesita que yo trabaje acá, para ayudar con los gastos. Y tuve que dejar mi escuela, no le hace que tenga derecho a seguir —de nuevo bajó la mirada hacia el piso. Se le quería salir una lágrima.

—Yo igual —suspiró Albertina—, pero es que cuando le cuento a mi mamá lo que yo quiero, ni me oye. Como que no es importante lo que piense yo.

Julio también miró al suelo. ¿Él qué haría si no pudiera ir a la escuela? Quería ser veterinario. Poner una clínica para curar y domar caballos. No se imaginaba cómo podría lograrlo sin ir a la escuela.

La maestra le alzó la cara a Julio con un dedo:

—Queremos que estas niñas puedan seguir estudiando. ¿Se te ocurre alguna idea para que puedan tener una escuela en los campos?

—No, maestra. No sé. Pero sí lo voy a pensar.

iAy la la la la la! iAy la la! El llorar de una mujer el corazón me ha partido...





8.- A VARIAS VOCES

Cuando Josefina y Albertina regresaron, se toparon con el enojo de sus familias. Caras duras y regañizas, porque se habían ido a la escuela sin avisar.

—*Pues es que si avisábamos no nos iban a dar permiso* —dijo Albertina.

—*¡Escuincla! ¿Qué no ves que estaba yo muy preocupada?* —a la mamá de Albertina se le salían las lágrimas de coraje.

—*Perdón, mamá, pero es que era muy importante.*

—*¡No me hagas pasar esos sustos, mocosa!* La próxima vez, aunque sea me avisas.

Y sí, la siguiente vez, le avisaron. Y le pidieron que le dijera a la mamá de Josefina, para que nadie se preocupara. Pero que le avisara después de que se hubieran ido, porque si no, no la iban a dejar ir.

Cuando se vieron con la directora y con Julio, ya todos tenían varias ideas. Josefina dijo, la primera:

—*¿Qué tal si tocamos en los camiones y vamos juntando dinero para tabiques, para cemento, para el material de los salones?*

A Julio le gustó la idea:

—*Sí, y así vamos practicando también.*

Pero a la maestra Güicha eso de que anduvieran solitos por ahí le pareció inseguro:

—*Mmm... si quieren pensamos en otro modo de reunir el dinero; pero para practicar, ¿por qué no mejor acá en la escuela? Pueden venir a la clase de música los martes y los jueves.*

¡Uy, Josefina pegó un salto y hasta le brincó el violín en la espalda. Pero se acordó de su familia:

—*Mmm... a ver si nos dejan.*



La maestra Güichita había estado averiguando lo que dicen las leyes sobre los derechos de las niñas, adolescentes y niños que trabajan. Encontró algo muy bueno: que el derecho que tienen a estudiar, lo tiene que defender y garantizar el gobierno. Y además, que las empresas donde trabajan, se tienen que fijar en no dañar sus otros derechos, como el de estudiar.

—Tenemos que ir a ver al Presidente Municipal —dijo convencida la directora—. Hay que recordarle que a su gobierno le falta cumplir una obligación con ustedes.

A Julio se le ocurrió algo más:

—*¿Y si convencemos también a mi papá? A lo mejor entre los dos es más fácil que hagan algo.*

¡Claro! —Albertina completó la idea—. Si le entra el Presidente, ya está el gobierno; y si le entra el papá de Julio, ya está también la empresa... ¿No?

Es como en nuestra música —pensó Josefina—: una sola voz suena bien, pero sólo entre varias se cantan bonito los huapangos.

iAy la la la la la lai iAy la la!... Voces unidas en una como el trío que los canta, los he de cantar por siempre, mientras me quede garganta.

9.- LA IDEA DE JULIO

Julio tuvo que insistirle mucho a su papá. Don Paco creía que la educación era obligación del gobierno nada más. Pero el muchacho siguió investigando. Le enseñó la página de internet donde dice que los empresarios tienen que ayudar a cuidar los derechos de las personas menores de edad que trabajan en sus tierras. También le mostró cómo, en Baja California, se juntaron los empresarios, el gobierno y algunas organizaciones, de esas que se llaman de la sociedad civil, y pudieron poner escuelas en varios campos de cultivo.

Ya que su papá se quedó pensando en eso, Julio, muy listo, invitó a las muchachas a su casa para que se conocieran. Ellas le contaron sus planes y después, cuando Don Paco se subió a su oficina, Josefina y Julio se pusieron a tocar unos sonecitos, como quien no quiere la cosa, para que el señor oyera lo bien que lo hacían. Entonces sí, Josefina cantó con el mejor falsete que pudo. Había que convencerlo.

Por la noche, Julio llegó a sentarse junto su papá, que estaba tomando el fresco en el patio: —¿En qué piensas, papá?

—¿Eh? ¡Ah!, en la fiesta que quiero hacer para celebrar el aniversario de la empacadora, m'hijo. Me faltan varios pendientes.

—¿Cómo cuáles?

—Bueno, ya mandé hacer el zacahuil para que comamos, pero me faltan el pastel, las mesas, el grupo musical...

Julio paró la oreja:

—¿El grupo musical?

—Sí, m'hijo. Es fiesta. Quiero que la gente esté contenta, que haya música. Desde hace tiempo tu mamá y yo hemos estado ahorrando para poder pagar un buen grupo musical, con bocinas, con equipo...

—Ah, qué bien, papá. ¿Y han ahorrado mucho?, porque eso ha de ser caro...

—Sí, m'hijo. Es bastante, pero ya está completo. Por unos minutos, de nuevo sonaron sólo los grillos con sus chicharras. Nada más mientras Julio pensaba bien sus palabras:

—Oye, papá... una idea.

—Dime, m'hijo.

—¿Y si en vez de pagar todo eso, se lo ahorran y al mismo tiempo tienen música?

—¿Cómo va a ser eso, m'hijo? ¿Y para qué nos lo queremos ahorrar, si ya lo tenemos?

—Pues para otra cosa que dure más que una fiesta... Mmm, no sé, a lo mejor material de construcción, digo... para unos salones, o algo así.

—¡Ah, caray! ¿Y luego la música de la fiesta?

—Pues la Josefina, que canta bonito y toca el violín, y yo en la jarana y el maestro Eugenio, el que nos da las clases en la escuela, que toca la guitarra huapanguera... ¡Tiene su trío y toca en eventos! Además es música tradicional que a la gente le gusta.

El papá de Julio le revolvió el cabello mientras se reía:

—Ah, qué mi chamaco. Saliste todavía más listo que tu mamá. No sé. Déjame pensar, déjame platicarlo con ella.

Y le pasó el brazo sobre el hombro. Julio lo abrazó. Y ahí se quedaron, ahora sí, calladitos oyendo la noche.

iAy la la la la la lai iAy la la!... Mientras las sombras se pierden ya se escucha la jarana.



10.- ¡ESCUELA! ¡ESCUELA!

El maestro Eugenio, Julio y Josefina pusieron un bonito repertorio. Ensayaban todas las tardes, martes y jueves, después de la escuela, cuando Jose ya había terminado su trabajo en los campos.

La mamá de Josefina al principio se enojó, porque se le cargaba la mano con el quehacer; pero la mamá de Albertina le dijo que, mientras las muchachas practicaban, ella le ayudaría a lavar la ropa y a escombrar su espacio. Al cabo, ella sólo tenía la ropa de ellas dos.

El señor Jovellanos y la maestra Güichita estuvieron duro y dale, reuniéndose con el Presidente Municipal, hasta que lo convencieron: **—Mire, licenciado —le dijo Don Paco— yo puedo ir haciendo un aula poco a poco, mientras, adaptamos un pedazo de la bodega para que se pueden comenzar las clases. Y si más adelante puedo, hago otra... Así le hicieron en unos campos en Baja California.**

El licenciado se rascó el bigote:

—Y entiendo que a nosotros nos tocaría gestionar una plaza de docente con las autoridades educativas.

La maestra Güichita lo dijo más claro:

—Exacto, licenciado, el sueldo de alguien que venga a dar las clases. —Y agregó— Bueno, y si pueden ser dos, mejor... Podemos empezar por un salón de muchos grados y después ir separando, cuando tengamos más aulas, ¿verdad?

—Las clases —dijo Don Paco— las acomodamos en horarios que les convengan, para que puedan estudiar y también trabajar.

—Bien. Me suena bien —dijo el licenciado y dejó de rascarse el bigote—. La semana que viene voy a gestionar lo de la plaza. Ojalá que no tarden mucho en darme respuesta. Señor Jovellanos, por favor hágame una lista del alumnado y los grados, cuantos años tienen y de dónde vienen, para convencer a las autoridades educativas ya con nombres y apellidos.

iAy la, la, la! iAy la, la, la! Le quiero decir primero que alguien con educación, como usted, a quien me refiero, siempre llama la atención.

11.- UN NUEVO TRÍO

El día de la fiesta de aniversario de la empacadora, la maestra Güichita y el Presidente Municipal fueron los invitados especiales. También estuvieron ahí la mamá y los hermanos de Josefina y la mamá de Albertina. El papá de Jose no quiso ir:

—iQué fiesta ni qué fiesta! —medio gruñó—. Estoy muy cansado y mejor me acuesto temprano.

Josefina no le creyó. La verdad era que todavía estaba muy enojado con ella.



El maestro Eugenio llevó a su trío a tocar en la fiesta. También fueron del campamento quienes iban a estudiar en la escuela nueva. La gente estaba contenta.

Cuando creían que ya se acababa la música, el maestro anunció un trío diferente: "Querreque Estudio" Entre los aplausos salió Josefina, feliz, con su violincito en la mano, y Julio con su jarana, vestidos igual que el maestro. ¡Y que se arrancan a tocar!: El Flamboyán, La Huasanga, El Irror... ¡cantidad de sones! La gente estaba contenta y hasta se pararon a bailar. Josefina cantaba con su precioso falsete, perfeccionado con los ensayos.



Para el final dejaron El Querreque, con unos versos nuevos, que Julio, Albertina y el maestro se habían inventado para dar las gracias:

Vinimos a trabajar
a los campos jornaleros
por tener necesidad
de ganarnos un dinero.
Querreque
Querreque

Y cortábamos la fruta
con una pena en el pecho
por saber que ir a la escuela
no es un sueño, es un derecho.
Querreque
Querreque

Hoy nos ayudó la gente
con sus esfuerzos extremos,
un derecho se ha cumplido:
que reque estudiaremos!
Querreque
Querreque

La gente repetía el coro y sonaba un eco, como
los trinos de todos los pájaros juntos cuando
apenas amanece el día.



• * .
• * .
**MANUAL de +
actividades**
• * .

1. – Para pensar en tus propias palabras.

a) Vuelve a leer la página 13 del cuento.

¿Cómo crees que se sentía Josefina?

¿Qué era lo más triste que le pasaba?

b) Vuelve a la página 19.

¿Qué crees que está pensando Julio?

c) ¿Tú qué harías en el lugar de Josefina, si no pudieras ir a la escuela por necesidad de trabajar?

d) Josefina tiene su violín para tocar cuando está triste. ¿Tú qué haces cuando estás triste?

e) ¿Puedes imaginarte qué quieras estar haciendo dentro de uno o dos años?

Josefina pensó: Querrete estudio

¿En qué te empeñas tú? Pon, así como dice Josefina lo que tú quieras lograr :

Querrete _____

Querrete _____

Querrete _____

Querrete _____

¿Qué necesitas para lograrlo? _____

¿Qué te impide lograrlo? _____

¿Cómo puedes resolverlo? _____

Si necesitas un aliado que te ayude, debes pensar en alguien como la maestra Güichita:

¿Quién sí te escucha y encuentra importante lo que dices? _____

2. – ¿Qué va primero y qué después?

Enumera del 1 al 7 lo que tú crees que tienes que hacer primero y los pasos siguientes para lograr lo que quieras.

Pensar en la manera de lograrlo.

Intentar, intentar e intentar hasta lograrlo.

Saber lo que te impide lograrlo.

Buscar aliados que te valoren y te puedan ayudar.

Saber qué quieres.

Hacer un plan con los pasos para lograrlo.

Saber cuáles son tus derechos.

3.- Busca en la sopa de letras.



A large magnifying glass is positioned over a bowl of alphabet soup, with the letters floating in the liquid. The letters are arranged in a grid pattern:

F	J	O	I	L	A	W	S	V	U	K	S	A	X	V	I	N
A	O	P	R	O	T	E	C	C	I	O	N	X	G	A	Ñ	F
D	Y	I	J	E	I	S	A	P	N	D	E	U	E	V	O	U
I	F	N	T	R	O	C	Z	O	S	V	A	D	A	X	U	L
C	Z	A	P	D	T	U	I	Q	E	A	K	A	Ñ	M	Z	J
S	I	R	M	Y	U	C	R	Y	G	H	L	D	U	V	O	I
W	A	U	G	I	A	H	E	A	W	A	P	L	K	Y	E	F
O	S	L	E	C	L	A	R	G	P	J	E	A	V	I	S	U
H	A	Q	U	V	E	I	K	E	C	I	K	U	H	P	I	E
E	R	D	F	D	U	L	A	M	X	U	C	G	E	S	U	Y
D	E	S	C	A	N	S	O	G	E	N	Q	I	L	E	S	V
I	A	Z	F	U	K	E	C	B	N	M	A	D	T	H	E	O
A	F	S	D	Q	I	M	O	R	J	E	M	O	M	R	R	J
N	U	E	I	E	O	A	T	U	A	R	P	T	E	I	A	I
O	L	C	Z	O	R	Q	E	C	N	D	O	Z	K	Ñ	D	P
R	O	T	A	M	C	S	A	I	L	U	E	A	Z	F	W	T

Busca en esta sopa de letras algunos de tus derechos como persona menor de 18 años:

Derecho a la **VIDA**
Derecho a la **PROTECCIÓN**
Derecho a la **EDUCACIÓN**
Derecho a **OPINAR**
Derecho a la **ESCUCHA**
Derecho a vivir en una **FAMILIA**
Derecho de **IGUALDAD**
Derecho al **DESCANSO**
Derecho a vivir en **PAZ**
Derecho a **PARTICIPAR**

Ilumina de rojo los que crees que te hacen falta. Platícalo con tu maestro, tu mamá, tu maestra o tu papá.

RED:M

Red por los Derechos
de la Infancia en México